

La ética de la Tierra. Ética y medio ambiente

Augusto Ángel Maya*

Felipe Ángel**

Introducción

Después de un recuento histórico, quedan muchas interrogantes para responder en el camino de la construcción de una ética ambiental. Ante todo, se puede observar que cualquier lugar ideológico es bueno para iniciar la construcción de los fundamentos éticos. La ética, como cualquier componente del sistema ideológico, se sacraliza con el tiempo, pero en un primer momento, nace, por lo general, mediante movimientos anárquicos contra las costumbres establecidas, desde cualquier campo de batalla, sea el mito, la filosofía o la literatura. La inquietud ideológica se esparce como semilla por todos los caminos.

Sin embargo, la ética acaba aceptando su nicho dentro de la estructura ideológica de una sociedad. Es difícil describir un modelo único de la manera como se organiza el sistema simbólico, porque el juego de la historia transforma el papel asumido por cada uno de los componentes.

Deberíamos partir por tanto, del principio de que la ética ambiental debe ser al mismo tiempo un código de comportamiento social y político. Si esta afirmación excluye o no la formulación normativa de una ética individual debe ser punto de discusión. Por una parte, las éticas individualistas, que han predominado en el pensamiento moderno, parten del presupuesto de que lo social y lo político son el resultado del esfuerzo de voluntades individuales. Frente a estas tendencias, las corrientes que

* Instituto de Estudios Ambientales, IDEA, Universidad Nacional, Colombia

** Universidad Autónoma de Occidente, Colombia

proviene de la filosofía hegeliana y marxista, plantean que el individuo sólo es comprensible como producto de la cultura.

Cualquiera que sea la posición que se tome en este debate, lo que queda claro es que una ética ambiental no puede reducirse a fórmulas de comportamiento individual, sino que tiene que construir una normativa del comportamiento social y político. Para ello habría que partir del principio de que es la cultura como un todo la que modifica el medio natural adecuada o inadecuadamente. Los problemas ambientales rara vez se deben a actitudes individuales, desligadas de un contexto social. El hecho de que un campesino desplazado se dedique a deforestar no depende en la mayoría de los casos de opciones individuales libres de cualquier presión, sino a exigencias de supervivencia.

Sin duda alguna, el único que actúa es el individuo. Toda ética debe referirse por tanto, en último término, al comportamiento individual. Ni las clases sociales ni el Estado, ni la burocracia actúan como tales. Son simples abstracciones para explicar el comportamiento individual. Las ideas, por lo tanto, se encarnan en la piel individual. Por eso, toda norma ética, tal como lo plantea Hegel, debe tender a la liberación y al perfeccionamiento del individuo. El único soporte de la ética es, por lo tanto, el individuo.

Sin embargo, el individuo no actúa independientemente del cuerpo social. Su actividad no se debe a impulsos anárquicos, desligados de todo contexto. El campesino actúa como campesino y el burócrata como burócrata y mientras haya burocracia, habrá comportamiento burocrático. El moralismo consiste en querer reformar la sociedad, sin tener en cuenta las mediaciones sociales.

1. Elementos para la elaboración de una ética ambiental

1.1. ¿Una ética para el plan mamífero?

Las armas, heredándolas de Darwin y sobre todo de Spencer. En los tiempos modernos esta teoría ha prestado justificación a los regímenes nazis o ha dado soporte a la nueva derecha.

Además, fuera de las justificaciones deducidas de una ética social y política, poco es lo que esta teoría podría ayudar para la conformación de una ética ambiental. Si el hombre es una especie más, sin ninguna diferencia esencial con las otras especies, no tendría por qué darse un "problema ambiental". Mejor aun, habría que aceptar el problema ambiental

como una consecuencia de la lucha competitiva. En la evolución el hombre está triunfando sobre la naturaleza. ¿Qué problema hay en ello? Si el triunfo del hombre implica la desaparición de la vida, peor para la vida. Todo hace parte del destino genético. Estos egoístas insobornables que son los genes acabarán destruyéndose a sí mismos.

La sociobiología ha llevado a su radicalismo la propuesta darwiniana. El neodarwinismo y las corrientes paralelas representan una avanzada teórica en la comprensión de los procesos evolutivos, al menos mientras se mantienen en el estricto campo de la biología. Cuando entran en el terreno de la interpretación social, su método de análisis parece una irrupción, no tanto irrespetuosa, ya que no se trata de un problema moral, sino insuficiente para entender el problema de la cultura y, por consiguiente la crisis ambiental. Tal es el caso de la sociobiología, que, a veces de manera inconsciente, predomina en la mentalidad de algunas corrientes ambientalistas.

Es necesario, por tanto, rescatar o reafirmar la identidad y singularidad de la cultura frente al proceso evolutivo exclusivamente orgánico. La especie humana no depende del plan mamífero ni su comportamiento debe verse sometido indispensablemente a sus fundamentos genéticos. Como lo plantea el biólogo Lewontin, la cultura no está en los genes. No podemos cimentar una ética humana sobre la lucha caótica de los genes, ni sobre las bases de su egoísmo innato. Una ética ambiental debe reconocer la singularidad y especificidad de la cultura.

El problema, sin embargo, no hay que formularlo de manera moralística. La sociobiología es un esquema débil no por el hecho de que estimule la moral del más fuerte, sino porque sus presupuestos no coinciden con los avances de la ciencia. La ecología ha refutado muchos de los presupuestos darwinistas y con ellos se derrumba el edificio montado sobre el principio de la competencia malthusiana. Ante todo, ha comprendido que las especies no luchan competitivamente para ocupar un nicho. La función de cada especie no viene dictada por la lucha titánica de los genes, sino por las exigencias de un sistema global, que desde Tansley recibe el nombre de "ecosistema". No existe sino una especie por nicho. Ello quiere decir que en la formación de los nichos no interviene la competencia darwiniana o su papel se reduce significativamente. Más aun, al parecer de muchos ecólogos, la evolución no ha ido en el sentido de fomentar la competencia, sino en establecer la complementariedad entre las especies.

1.2. ¿Puede existir una ética del nicho?

Una posibilidad más cercana para la construcción de una ética ambiental es quizás la posición de los ecólogos. La naturaleza no es el fruto de una lucha competitiva, sino de un orden relativamente armónico, construido por la simbiosis de las distintas especies. El ecosistema es una estructura de nichos, en el que cada especie cumple su función. La energía entra al sistema a través de las plantas verdes y se traspa a lo largo de las cadenas tróficas. Cada especie ocupa su lugar preciso dentro de esa pirámide de energía. El nitrógeno se recupera de la atmósfera a través de pequeños organismos encargados de esa función y los ciclos de la materia son controlados cuidadosamente por el sistema global.

Esta es, sin duda, una visión mucho más cercana a la definición de un sistema ambiental y podría dar la base para algunas consideraciones éticas. Sin embargo, la ecología sólo puede rematar en una serie de consejos moralistas, para que el hombre no se comporte como predator dañino y aprenda a acoplarse al orden ecosistémico.

Infortunadamente para los ecólogos a ultranza, el hombre no ha podido acoplarse nunca a dicho orden. La evolución arrojó a esa especie del paraíso ecosistémico y no ha podido ni puede regresar a él. Por eso el problema ambiental ha estado presente en todas las culturas a través de la historia.

Sería interesante preguntarse en qué puede consistir una ética ecológica. Como vimos, una ética basada en la biología, remataría simplemente en la aceptación de la lucha y el triunfo del más fuerte. Una ética ecológica sería posiblemente un código de comportamiento que le permita al hombre vivir dentro de las leyes del ecosistema. En otras palabras es una ética de la conservación. La naturaleza hay que conservarla en su estado prístino.

La ética de la conservación puede ser vista, sin embargo, desde dos perspectivas. Se puede plantear, y así lo han hecho algunas de las corrientes ambientalistas modernas, que la naturaleza es también sujeto de derecho. Ello significaría que cualquier especie tiene el mismo derecho a vivir que el hombre y que, por lo tanto, el hombre tiene la obligación de respetar dicho derecho. O se puede ver desde la perspectiva del hombre. Hay que conservar, porque la naturaleza es un almacén de posibilidades para el futuro. De hecho, sólo la primera perspectiva es estrictamente ecológica. La otra es una conclusión ambiental, que estudiaremos en su lugar.

Conservar la naturaleza sin modificación tecnológica no parece, sin embargo, culturalmente posible. El hombre tiene que transformar el ecosistema para poder vivir y progresar como especie, pero sus transformaciones tiene características muy distintas a las que inducen las otras especies. El hombre ha tenido que modificar el sistema de nichos en una dirección contraria a la que había impuesto la evolución. Mientras el proceso evolutivo dio como resultado una complejización de los biomas, el hombre a través de la tecnología ha tendido a simplificarlos.

Aquí se puede, por tanto, recoger el presupuesto asentado por Marx. La historia humana es una transformación continua de la naturaleza y no puede ser de otro modo. La diferencia con las transformaciones anteriores consiste en que la naturaleza se humaniza cada vez más. Ello significa la construcción de una naturaleza culturizada, distinta a la que heredó el hombre. Es ante todo una naturaleza impregnada de tecnología, pero también penetrada por la ciencia. Es igualmente una naturaleza traducida a esquemas artísticos o literarios, muy alejados en ocasiones de su modelo.

Preguntarse si las especies tienen o no derecho a vivir, independientemente de que sean o no beneficiosas para el hombre, es una ética de los futuribles. La realidad histórica muestra que desde el momento en que inventa la agricultura, domestica los animales y, por lo tanto, transforma los nichos ecológicos, el hombre tiene que empezar a luchar para que las plantas y animales escogidos por él triunfen en la competencia por los escasos recursos. La transformación ha sido radical, excepto en biomas poco adaptados a las condiciones humanas de vida, como la selva húmeda.

La inmensa riqueza explicativa que ha logrado la ecología acerca de la estructura y dinámica de los ecosistemas no es posible trasladarla al campo del comportamiento humano, a pesar de sucesivos y malogrados intentos. Por esta razón el hombre aparece siempre en los textos de ecología como una fastidiosa excepción. Al final de cada capítulo de los textos, nos encontramos con la incómoda presencia del hombre y los mejores ecólogos no saben qué hacer con él. Se sorprenden por la irregularidad de su comportamiento y la atribuyen sea a la "mala voluntad" o a cierto inexplicable empecinamiento.

Al igual que la biología, la ecología trata al hombre como una especie más, dotada, con todo, de un extraño poder de inteligencia, que parece ser el motor oculto de su andar errático y atrevido. Ambas reducen el

problema ambiental al capricho del comportamiento individual. La solución se reduce a fórmula morales como las utilizadas por Odum. Al hombre se le recomienda “prudencia” o “templanza” como en cualquier tratado de moral, para que aprenda a ser un “depredador prudente” o a comportarse como “un comensalista educado”. Si el hombre no responde “de manera sensata” a estas advertencias, simplemente será excluido del reino de la vida por “simples presiones de selección”.

Al parecer, ni la biología darwinista ni la ecología garantizan un fundamento adecuado para construir una ética ambiental. Ello no significa que de estas ciencias no se puedan sacar algunos postulados, para trasladarlos como normas de los sistemas culturales. Ante todo, el hombre no deja de ser un ser biológico y puede clasificarse entre los mamíferos. Esta clasificación no deja de ser azarosa, pero sin duda, indica al menos nuestras raíces en el proceso evolutivo.

1.3. Construyendo una ética para la transformación

Si una ética ambiental no debe arrinconarse en un presupuesto sin salida, como es la conservación sin modificaciones de los ecosistemas, pero tampoco puede afiliarse sin distinciones a los presupuestos de las éticas tradicionales, habría que preguntar cuál es entonces el principio que debe regir un nuevo comportamiento. Si el hombre no tiene otra salida que transformar las leyes básicas del ecosistema, el imperativo categórico debería ser que aprenda a transformar bien.

Este principio que puede parecer lógico, esconde, sin embargo, todas las dificultades de la práctica ambiental. Ante todo, significa que el hombre no puede sujetarse a las leyes ecosistémicas que rigen la capacidad de carga. La población humana no está sujeta a los márgenes de potencial biótico de un determinado bioma, porque su crecimiento y densificación dependen de la intensidad del modelo tecnológico que le permite encontrar alimento y recursos en los más diversos ecosistemas. Una ciudad como Nueva York o la Roma Imperial no dependen de las posibilidades inmediatas de un bioma determinado, sino de las posibilidades de transformación de múltiples ecosistemas.

Ello significa que los márgenes de resiliencia del ecosistema son distintos a los que debe controlar el hombre en sus sistemas intervenidos. Un sistema transformado por la actividad humana está preñado de insumos tecnológicos que cambian las reglas del juego. Los equilibrios que el hombre tiene que buscar no vienen dados, por tanto, por las leyes ecosistémicas.

Ello no significa que la actividad humana pueda ser indiferente a la capacidad de carga o al equilibrio de los ecosistemas tal como existen antes de la intervención humana. No significa, por lo tanto, que el sistema cultural se pueda construir sin tener en cuenta el sistema "natural". Por el contrario, la cultura sólo se construye en la transformación del mundo. El principal reto del comportamiento ambiental consiste en saber hasta dónde puede llevar el hombre la transformación de la naturaleza. Ese debe ser el principio rector de toda ética ambiental.

La tecnología puede ampliar, sin duda, los márgenes del equilibrio ecosistémico, pero no de manera indefinida. Hay límites naturales para la construcción de los sistemas culturales y más allá de esos límites, el mismo sistema cultural empieza a desmoronarse. Los sumerios pudieron someter las tierras planas del Eufrates al cultivo intenso del trigo, pero no lograron evitar la salinización de los suelos. Los mayas pudieron modificar en gran medida el potencial hídrico de las selvas del Petén, pero no lograron alcanzar un equilibrio suficiente con el entorno. El sistema cultural actual ha llevado al ecosistema a los límites de su equilibrio en aspectos múltiples, entre los cuales se pueden destacar el calentamiento global y el debilitamiento de la capa de ozono, entre otros. Estos son márgenes de equilibrio ecosistémico que la tecnología no puede ampliar más. Sin embargo, día a día profundizamos la ruptura de estos equilibrios ecosistémicos.

1.4. Ética de la población, la tecnología y la sociedad

La responsabilidad ambiental consiste, por tanto, en construir culturas adaptativas. Este enunciado general se puede desglosar en muchos compartimentos éticos. Ante todo habría que preguntar hasta cuando se puede multiplicar y densificar la población humana? ¿De dónde sacamos las reglas para una adecuada ética demográfica? ¿Hemos sobrepasado ya el límite permitido de población? En muchas ocasiones, la moral demográfica patina sobre reduccionismos demasiado ingenuos.

Para las éticas ecologistas, los criterios para un adecuado crecimiento poblacional los debe dar la capacidad de carga. ¿Cuál capacidad de carga? Una milla cuadrada podía alimentar bien a 1.5 habitantes de una tribu cazadora, pero esta población se pudo multiplicar por cinco o diez con el descubrimiento de la agricultura. Las posibilidades de crecimiento poblacional hay que medirlas, por tanto, dentro de un determinado paradigma tecnológico. Con ello se refuta también la posición

ingenua de los demógrafos, para quienes el crecimiento poblacional del Tercer Mundo es la verdadera amenaza del futuro y una ética ambiental debe empezar por reducir la población. Así es, sin duda, si el Tercer Mundo se adhiere a pie juntillas al modelo tecnológico del Primer Mundo. Por el momento, la proposición es falsa, si se tiene en cuenta que un ciudadano norteamericano consume ocho veces la energía fósil de un mexicano y varias decenas de veces la de un hindú.

Las responsabilidades demográficas deben ser pues tamizadas por responsabilidades tecnológicas. Para buscar un equilibrio ambiental, es indispensable formularle una ética al desarrollo de la tecnología. Es muy distinta una tecnología construida para la paz que un modelo tecnológico fabricado para la guerra. Aquí hay por lo tanto, un segundo campo de reflexión, en el que se pueden recoger muchas de las ideas aportadas por la Escuela de Frankfurt, evitando su pesimismo. La tecnología puede acabar siendo y de hecho lo ha sido, una impetuosa corriente que impulsa el sistema cultural hacia la ruina social y el deterioro ambiental. Se requiere una decidida voluntad social y política para orientar la tecnología hacia satisfactores humanos que no engendren desigualdad y logren equilibrios tecnobiológicos aceptables.

Pero más allá de las responsabilidades tecnológicas, un nuevo modelo cultural tiene que afrontar las responsabilidades sociales. El principal escollo y la principal tarea para la construcción de una sociedad ambiental es el establecimiento de una sociedad justa. La naturaleza acaba siendo minada por la injusticia social. No es posible separar la injusticia en la distribución de la riqueza y en el gozo de los satisfactores terrenos, sin producir impacto en el medio. El exceso del consumo en sectores minoritarios a nivel mundial y la pobreza cercana a la inanición de las mayorías es un tejido social por donde se evapora la sustancia de este mundo.

La última responsabilidad ambiental que vale la pena subrayar es la voluntad de cambio simbólico. Allí hay una exigencia perentoria sobre todo para el medio universitario. Es necesario repensar la ciencia, la filosofía y los modelos estéticos. Se requiere la construcción de nuevos enfoques para hacer posible la simbiosis del conocimiento. Ello exigirá nuevos comportamientos académicos, muy distintos a los que acuñó una educación basada en la competencia y en la lucha profesionalista.

2. Los valores de una ética ambiental

Aproximarse a la construcción de valores que fundamenten una nueva ética no es tarea fácil. Ello, sin embargo, se va dando, de manera inadvertida, a través de diferentes caminos. Pero de estos caminos surgen muchas veces visiones y valores contradictorios. Quien quiera sistematizar el esfuerzo que se va realizando desde diferentes perspectivas analíticas, debe evitar que lo atrapen las contradicciones. Las propuestas que se vienen haciendo están impulsadas muchas veces por visiones reduccionistas de la problemática ambiental.

Por lo tanto, es necesario construir un marco general de ética ambiental. Estamos en un momento histórico similar al de Moisés en el Sinaí o al de los legisladores del siglo VII en las ciudades griegas. Queremos esbozar algunas ideas que sirvan para la reflexión en una construcción que ya no depende de un Moisés o de un iluminado legislador, sino del consenso y de la participación comunitaria. Como un punto de partida, proponemos el siguiente Decálogo de Valores para una Ética Ambiental.

1. CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA ADAPTATIVA

El primer valor dentro de una nueva sociedad ambiental, podría enunciarse como “la construcción constante de una cultura adaptativa”. Ello implica reconocer los límites ambientales de cualquier construcción cultural. La cultura no puede construirse en un espacio sin límites, como si se tratase de una plataforma autónoma. Toda cultura se construye sobre la naturaleza y la naturaleza tiene límites. La transformación del medio natural es la manera como el hombre construye cultura. Construir cultura contra la naturaleza o más allá de sus límites es sembrar la muerte de la misma cultura.

Si traducimos al vocabulario actual el término “cultura”, tendríamos que hablar de desarrollo. Es posible que la crisis ambiental doblegue el orgullo del desarrollo moderno, que cree todavía en la posibilidad de ampliarse al infinito. Reconocer los límites del desarrollo es cuestionarse el concepto y las posibilidades del “desarrollo sostenible”, si con esta denominación queremos entender que el desarrollo actual puede seguir dándose de manera indefinida.

Este primer valor es, sin embargo, demasiado amplio. Incluye prácticamente todos los otros valores. Por ello es necesario especificar las implicaciones que reviste la construcción de una cultura adaptativa.

2. LA TECNOLOGÍA TIENE LÍMITES

El hombre es un animal tecnológico. La lucha ambiental no tiene que significar una guerra contra la tecnología, sino a sus orientaciones concretas. El hombre no puede renunciar a su plataforma instrumental, porque ésta es una herencia evolutiva. Hemos sido arrojados definitivamente del paraíso ecosistémico. El ideal del hombre sigue siendo prometéico.

Sin embargo, la tecnología no es una herramienta omnipotente. No le da al hombre un dominio absoluto sobre la naturaleza. La naturaleza sigue teniendo sus fueros, su orden y su equilibrio, que el hombre puede transformar, pero no de manera absoluta. El reconocimiento de los límites de la cultura significa aceptar los límites de la tecnología.

Los límites de la tecnología han anunciado siempre los límites de la cultura. El hombre cazador desarrolló la tecnología de caza hasta extremos ambientalmente peligrosos y no tuvo posibilidad de superar la crisis con nuevos inventos. Se tuvo que someter a la formación de una nueva cultura. Hay que desmontar el chauvinismo cultural que cree que la cultura en la que se vive es única y eterna.

El sentido de omnipotencia tecnológica ha llegado incluso a suplantar al hombre, para colocarlo como un valor por debajo de las máquinas. La tecnología corre el peligro de estandarizar tanto la vida humana, que acabe robotizando al hombre. Es necesario luchar contra la deshumanización de la técnica. La cultura no se puede construir sin la técnica, pero no se puede reducir a la técnica. La técnica debe seguir siendo la plataforma, no el protagonista. El porvenir no puede ser el dominio de los robots o la subordinación del hombre a la máquina.

Pero tampoco debemos asentar como valor un humanismo sin técnica. El ambientalismo no se debería asimilar a los movimientos románticos e idílicos que sueñan con el regreso del hombre a la naturaleza. El hombre, con su técnica, es también naturaleza, aunque haya sido arrojado del paraíso ecosistémico. La técnica es la condición de vida humana. Una condición impuesta por la misma evolución.

3. UNA ÉTICA DE LA POBLACIÓN: EL HOMBRE NO PUEDE VIVIR SOLO

La densidad de la población humana depende de la capacidad técnica para proporcionarse ella misma alimento, haciendo confluir la energía de la naturaleza hacia la alimentación del hombre. No se trata de un egoísmo, sino de una capacidad. Pero esta capacidad tiene su reglas y las reglas las impone el equilibrio global. El hombre no puede vivir solo en la

naturaleza. Tampoco puede vivir solamente con sus animales domésticos. La vida silvestre no es un lujo, sino una necesidad. Necesidad de la naturaleza y necesidad del hombre mismo.

La densidad poblacional es un problema demasiado importante para dejarlo al arbitrio de la propia libido. Hay que redefinir la ética de la sexualidad. El sexo es un derecho del individuo, pero la procreación es una potencia que debe ser controlada socialmente. No podemos ser tantos, cuantos nazcan en el ardor de la libido.

4. UNA PRODUCCIÓN PARA LA VIDA Y NO UNA VIDA PARA LA PRODUCCIÓN

La vida debería tener significado para el hombre por sí misma. Hay que producir para vivir, no vivir para producir. Sin embargo, el hombre no puede vivir por fuera de todo sistema económico. Toda cultura se crea en el esfuerzo de producción material y ello requiere organización para la producción. Pero es la sociedad la que debe controlar el proceso productivo y no viceversa. La producción es un asunto demasiado vital para el hombre para dejarla en las manos anónimas del mercado.

La naturaleza es la matriz infatigable de toda producción. Todo invento tecnológico es un nuevo secreto arrancado a la naturaleza. La naturaleza no se puede convertir simplemente en el almacén de los recursos del hombre. Lo es, pero es más que eso. Es un orden, un equilibrio global, que la producción puede desestabilizar. Toda producción debe tener en cuenta que la naturaleza es un sistema y que si queremos conservar la producción, es necesario conservar el sistema. Si matamos la naturaleza, matamos la producción. El hombre no puede vivir solamente de tecnología. La producción debe tener en cuenta los ciclos del sistema natural y debe aprender de ellos que la energía fluye y que la materia se recicla.

El objetivo de la producción no debería ser el crecimiento ininterrumpido del producto interno bruto, sino la satisfacción de las necesidades biológicas y culturales del hombre. No del hombre genérico, sino de "todos los hombres."

5. LA IGUALDAD HUMANA, BASE DEL EQUILIBRIO AMBIENTAL

El hombre produce socialmente y socialmente transforma o impacta la naturaleza. Naturaleza y sociedad están irremediabilmente ligadas. La esclavitud del hombre esclaviza la naturaleza. La libertad del hombre libera la naturaleza. La naturaleza sufre sobre su piel todas las heridas

sociales. Toda injusticia social se refleja en un impacto ambiental.

La igualdad humana no significa que todos poseamos lo mismo, sino que todos tengamos las mismas oportunidades. Ello implica que el hombre como ser biológico tenga satisfechas sus necesidades orgánicas y como ser social, posea igual acceso a los bienes culturales. Toda discriminación por parte del cuerpo social, significa de hecho una especie de esclavitud. Cuando la producción se orienta a satisfacer las necesidades superfluas de los que poseen, se discrimina y se esclaviza a las mayorías pobres y se atenta contra el equilibrio natural. La pobreza no es un estado natural, sino una exclusión social. La división creciente entre países ricos y pobres sigue siendo el mayor peligro ambiental del mundo moderno.

6. LA SIMBIOSIS POR ENCIMA DE LA COMPETENCIA

Ni la sociedad ni la naturaleza son una lucha abierta por el triunfo del más fuerte. La naturaleza es posible solamente en un sistema de cooperación. Las plantas acumulan la energía que requiere toda la pirámide de la vida. Las bacterias recogen de la atmósfera el nitrógeno que requieren todos los seres vivos. Cada especie ocupa su nicho, es decir, realiza una función que sirve a todo el sistema de la naturaleza. Si no fuese por las bacterias y por las plantas, los reyes de la naturaleza no podrían vivir. La naturaleza es un sistema de cooperación.

Igualmente la sociedad no sería posible dentro de una descarnada lucha de competencia. La vida del individuo depende del esfuerzo social. Hoy podemos vivir, porque pisamos el suelo amasado por generaciones que han creado cultura. Incluso la capacidad de gozar o de soñar sólo son posibles dentro del cuerpo social. Es indispensable rescatar los valores de la simbiosis social. Ello no significa que la competencia no exista, sino que hay que colocarla en el nivel que le corresponde. Incluso la creatividad humana puede perecer por exceso de competencia.

7. LIBERTAD PARA CREAR, NO PARA DESTRUIR

Es necesario redefinir el concepto de libertad. La libertad debería definirse por la capacidad para crear no para destruir. Si la libertad es la capacidad de elección, al parecer este poder se va ampliando con la evolución. Quizás no sea un atributo exclusivo del hombre, sino una herencia de la naturaleza. El nicho no es una función fija, sino un campo funcional, más o menos amplio, en el que la especie tiene capacidad de moverse.

La plataforma instrumental amplía enormemente el campo de la libertad en la especie humana. Ante todo, la libertad quizás sea una capacidad de transformar la naturaleza. Es la capacidad de artificializarla, o sea, de construir una naturaleza humanizada. Es una capacidad que tiene sus riesgos. Los riesgos de la libertad coinciden con los límites ambientales. Una libertad contra la naturaleza es una libertad para la muerte.

8. LA CIENCIA COMO VALOR LÍMITE

El hombre no puede vivir y progresar, sino pensando el mundo. Necesita pensarlo para transformarlo. La ciencia y la sabiduría son el destino mefistofélico del hombre. No debería ser un adorno aristocrático. Tampoco debería ser un arma de lucha competitiva. La ciencia debería convertirse en un lazo social, más que en una espada de lucha profesionalista. Ninguna disciplina científica tiene la capacidad de entender sola el mundo y la relación del hombre con él. Por eso la ciencia exige la cohesión social. La interdisciplina no es un simple pasatiempo, sino una exigencia ambiental del desarrollo.

9. LA CONSTRUCCIÓN DE LA TOLERANCIA

La ética ambiental tiene, por tanto, una tarea prioritaria: ayudar a construir un escenario cultural en donde sea posible la tolerancia. Una vez superados los dogmas, es lícito sentarse a la mesa redonda para construir un escenario común de reflexión y de convivencia. Para ello debemos afianzar todavía el convencimiento de que ese escenario es nuestro y solamente nuestro y que sólo lo podemos construir en el diálogo.

Una tarea urgente de la ética ambiental consiste, por tanto, en disponer el terreno ideológico para el ejercicio de una verdadera convivencia humana. La convivencia no significa conformidad, pero supone que la verdad es algo que construimos en el diálogo. La convivencia es diálogo y compromiso, no uniformidad. Hipótesis y no dogmas. Para ello es necesario aceptar que la contradicción domina también el mundo social.

10. RECUPERAR LOS DERECHOS DE LA SENSIBILIDAD

No basta con entender el mundo. Es necesario aprender a disfrutarlo. Si queremos vivir este mundo, es necesario rescatar los derechos de la sensibilidad. Hay que encontrar de nuevo el derecho al goce. La ciencia no es un camino paralelo o antagónico a la sensibilidad. La inteligencia nace en la piel.

La sensibilidad no es un fruto espontáneo de la biología. Es un producto de la cultura. Se educa para el goce de este mundo o para su negación. Mientras no aprendamos a disfrutar el orden y la belleza de la naturaleza, no aprenderemos a manejarla.

3. Recomendaciones para la formación en ética ambiental

Las ideas expuestas hasta el momento explican las dificultades y los caminos para la formación de una ética ambiental. Se quedan sin embargo todavía en el nivel abstracto que caracteriza este simposio. No obstante, es necesario comprender el largo camino que las ideas toman para encarnarse en el ambiente cultural. El hecho de que en este libro discutamos sobre la ética ambiental no significa que estas ideas se vayan a difundir de forma inmediata. Sería conveniente reflexionar sobre los caminos que se pueden recomendar a fin de que las ideas elaboradas pasen a formar parte del cuerpo cultural. Las ideas que podemos discutir, en ocasiones abstractas en exceso, deben trasladarse a lenguajes cada vez más sencillos que lleguen hasta los niveles de educación básica o hasta el lenguaje popular que se maneja en el seno de los hogares.

La primera recomendación, evidentemente, consiste en la necesidad de impregnar el aparato educativo con las ideas de una ética ambiental. El camino que va desde las complejas elucubraciones desarrolladas en las universidades hasta los textos escolares, es largo de recorrer. Implica ante todo la traducción del lenguaje científico o filosófico en fórmulas prácticas que permitan una comprensión más sensible e inmediata. La ética ambiental no puede ser el dominio exclusivo de los filósofos o de los profesores universitarios sino que debe impregnar el ambiente escolar o el lenguaje popular de la vida cotidiana.

Sin embargo, las ideas tienen que encarnarse igualmente en movimientos sociales para que puedan tener representación social y política. De ahí la importancia de repensar los caminos de movilización a fin de que los grupos que se han venido organizando en la tendencia del medio ambiente tengan igualmente una formación más adecuada sobre lo que significa la ética ambiental. Muchos de los movimientos ambientales están impregnados todavía de un reduccionismo biólogo o ecólogo y no comprenden las exigencias de una transformación cultural. Como hemos visto en las páginas anteriores, la ética no se puede formular solamente desde la perspectiva aislada de las ciencias naturales sino que debe penetrar también en los complejos caminos de las formaciones

culturales. El ambientalismo no se puede reducir a un utópico regreso a los paraísos de la naturaleza, sino que debe asumir conscientemente las responsabilidades para la transformación de la cultura. Se trata, por lo tanto, de crear una ética de comportamiento ciudadano que necesariamente tiene que ver con la manera como está entretejida la cultura tanto por la actividad económica como por las exigencias sociales y políticas de la igualdad. Así pues los movimientos ambientales tienen que pasar del compromiso ecológico a las exigencias de una ética ambiental.

Sin duda, en la sociedad contemporánea la educación no viene solamente de los claustros escolares sino que se apoya en los medios masivos de comunicación. Una de las estrategias fundamentales para la formación de una ética ambiental consiste por lo tanto en la conciencia que los medios tomen sobre la urgencia de las transformaciones ambientales y sobre las exigencias de un nuevo pacto con la naturaleza. Como hemos visto este pacto implica la formación de un nuevo código de deberes ambientales y no solamente la exigencia idílica de la conservación ecológica. Generalmente los medios se quedan en esta última perspectiva y no comprenden hasta qué punto la esclavitud humana es igualmente una esclavitud de la misma naturaleza.

Para lograr este esfuerzo se requiere evidentemente la conciencia del Estado y la colaboración de las distintas entidades que tiene a su cargo la educación o la formación de la conciencia ciudadana a través de los medios. La colaboración de las entidades estatales es indispensable para la formación de una ética ambiental. Por fortuna, algunas entidades ambientales han venido comprendiendo las implicaciones filosóficas y éticas que surgen de la problemática ambiental. Es necesario expandir esta conciencia a todas las instituciones del Estado y no solamente a las encargadas de la problemática ambiental. Esta transformación exige una visión del mundo tanto filosófica como ética que se traslade al derecho normativo y que se difunda a través de los medios educativos y de comunicación social.